

ven se abrieron y se fijaron en la persona que le prestaba sus socorros.

—¡Valor, señora Condesa! se atrevió á decir Felicia: sólo Dios puede curar los grandes dolores; pero él, que puede, los cura siempre, si se le implora con fe y confianza, si huimos de la desesperacion.

Magdalena no pudo responder una sola palabra; su valor no llegaba á tanto; reclinó la cabeza en el hombro de mi aya, y prorumpió en sollozos hondos, pero secos y convulsivos.

Felicia la sostuvo entre sus brazos, sin añadir tampoco una sola frase.

Sabía que para los grandes dolores, la palabra humana es ineficaz y carece de sentido.

Magdalena lloró hasta que la fatiga agotó sus lágrimas: al ménos momentáneamente.

Entónces fué cuando los consuelos de mi aya penetraron en su corazon como el rocío en una tierra seca y estéril, para fecundarla.

Nadie entró en aquella habitacion, que se habia convertido en el antro del dolor aquella noche: mi aya salió algunos instantes para hacer que me acostára y luego volvió al lado de la Condesa, á la que desnudó, acostó é hizo tomar una pocion calmante, rodeándola de los más tiernos cuidados.

La pobre jóven se dejaba manejar como un niño: no quiso que se avisára á su madre, aunque Felicia se lo propuso.

—¿Para qué? dijo tristemente: ¡no comprenderia el inmenso, el atroz dolor que llena mi alma! No, amiga

mía, pues merece y le concedo este sagrado nombre: no quiero que nadie más que Dios y V. vean esta horrible llaga de mi corazon! ¡Oh, cuánto le amaba! ¡Cómo consagré á ese hombre todas las ilusiones de mi adolescencia, todas mis esperanzas para el porvenir! ¡De qué modo me embriagaba yo con sus dulces palabras, y cómo le esperaba dias enteros para decirle, aunque sólo fuera al pasar, que le amaba, y que pensaba en él todos los instantes de mi vida! ¡Amiga mia, esta mujer que V. ve ahora triste, sombría, casi austera, no ha sido siempre así! ¡Yo era una niña de la que todos se prendaban, pero que sólo le veia á él en la extension de la tierra. Ahora ¡ay! está mi semblante cubierto de luto, porque mi corazon ha muerto!

Así se pasó esta triste noche cuyo recuerdo vivió eternamente en el alma de la Condesa, rodeado de la más tierna gratitud.

Felicia le habló de alegría y esperanza, diciéndole que entónces empezaba á vivir, y que las palabras juventud y dicha son sinónimas; pero la Condesa sacudió melancólicamente la cabeza, y alzó los ojos al cielo, como diciendo que toda su esperanza estaba allí.

## X.

### DESESPERACION.

En tanto que la casa de mi padre estaba habitada por el luto y la consternacion, la de mi abuela resplandecia como la mansion de la dicha.

Hubiérase dicho que la habitaba la hada del placer. La misma noche del día en que mi padre trajo la noticia de su enlace, se firmaban los contratos para su boda con Sandoval.

Su primer cuidado fué asegurarme un millon de dote.

Sandoval nada poseía, pero la fortuna de mi abuela era muy grande y abría á sus ojos un porvenir de delicias para lo futuro.

Yo era, sin embargo, la más rica; pues unida á la inmensa fortuna que había heredado de mi madre la que me aseguraba mi abuela, puede decirse que era una de las herederas más opulentas de España.

Esta fué sin duda la causa de la aversion mortal que desde aquel día empezó á sentir hácia mí el esposo de mi abuela.

Era evidente que me acusaba de haberle arrebatado un millon, que él, con su insaciable codicia, quería para sí, y que tal vez no contaba perder, fiado en la loca pasión de la que iba á ser su esposa.

Sin embargo, era su talento demasiado fino, y muy grande en él el hábito del disimulo, para dar á conocer su aversion, y ántes bien la disimuló manifestándome un cariño entrañable y lleno de ternura.

Eran mucho más repetidos y más ricos los obsequios que me hacía el Coronel que los que me hacía mi misma abuela.

A pesar de eso yo no podía amarle, y, segun despues pude ver, mi aya le miraba con un secreto terror.

Llegó, por fin, la época del casamiento, que se verificó con gran pompa y con la mayor ostentacion.

Mi abuela, por su propio gusto y por indicacion de su marido, obró con mi padre y con su esposa del mismo modo que si no hubieran estado en el mundo.

No les dió parte de su casamiento, ni los convidó á él.

La Condesa, el día de la boda, se levantó temprano, y se sentó en un sillón.

Así que me desayuné yo con mi aya, ésta me dejó y fué al cuarto de mi madrastra, á la que halló poseida de una extraña agitacion.

Paseábase de arriba abajo del aposento con la fisonomía trastornada por un dolor que tocaba en la demencia y en el furor.

Como para librarse de sí misma, quiso dormir y se encerró en su alcoba.

Felicia trató de aprovechar este tiempo para vestirme; pero así que hubo empezado su tarea, se abrió la puerta de nuestra habitacion, y la Condesa, pálida y desencajada, envuelta en su peinador de batista, y con el cabello destrenzado, se presentó á nuestra vista.

— ¡No puedo estar allí sola, dijo: me ahogo!

— Aquí estará V. mejor, señora Condesa, observó dulcemente mi aya; venga V. á este sillón.

— ¿No es verdad que no se casará, que no puede casarse? exclamó la pobre jóven mirando á Felicia con ojos extraviados. ¡Oh, no, no se casará, porque eso sería infame!

Mi aya calló no sabiendo qué respuesta dar á aquellas preguntas tan tristes, ni qué consuelo á tan amargo dolor.

Entónces la Condesa me asió con mano convulsa y me acercó á ella.

— ¡Pobre niña! dijo, ¡de que te servirá ser rica, hermosa, adorada, si vendrá un hombre á destrozarte el corazón! ¡Si es todo mentira en el mundo, y el mundo entero es enemigo de la mujer! ¡Contra mí se ha conjurado hasta mi madre! ¡Ella me separó de ese hombre, que quizá hubiera vuelto á mí, y que hoy se casa con otra!

— ¡Señora, exclamó mi aya con ternura y tomando la mano helada de la Condesa, valor! Dios es el supremo consolador de las grandes penas.

— ¡Dios se olvida de mí! repuso la Condesa.

— ¡No, señora, por el contrario, Dios se acuerda de usted, cuando la prueba con los grandes dolores! ¡Humíllese y adore su santa voluntad! Tras de la tempestad viene siempre la calma.

— ¡Sí, cuando no sea otra, la del sepulcro! murmuró amargamente la Condesa. ¡Esa nada más es la que espero, es la sola que ambiciono!

— Yo he sido también muy desgraciada, señora Condesa, dijo mi aya, y ahora, gracias á V., soy feliz y lo sería más si pudiera ver á V. dichosa.

— ¿Qué tienen que ver sus penas de V. con las mías? exclamó imperiosamente la Condesa: yo he debido los más agudos dolores á mi madre, á mi marido, al hombre á quien amaba. ¡A mi madre que me obligó á casarme cuando yo quería y necesitaba permanecer libre; á mi marido, que hizo de mi pena una ofensa para él en vez de consolarla! ¡A ese hombre, que se vende por un poco de oro! Y bien, todo es sueño y mentira en este mundo; sólo el pesar es la realidad.

Quedó, después de dicho esto en un absoluto silencio: se recostó en un sillón y pareció como que descansaba entregada á un sueño profundo; mi aya, respetando aquel reposo momentáneo, acabó de vestirme y empezó sus preparativos para vestirse también.

El traje que me puso había sido enviado por la mañana por el futuro esposo de mi abuela, y era una maravilla de gusto sencillo y elegante: componíase de un vestidito de tafetan blanco, y sobre éste una túnica de tul de seda, blanca también, recogida con broches de perlas.

El collar y los pendientes eran de perlas, y de perlas también la diadema ó cintillo que recogía los abundantes rizos de mi cabellera.

Mi aya empezó á disponer tristemente su propia *toilette*; era un traje de moaré azul, regalo de mi abuela, hecho muy sencillamente, y cuyo único mérito estaba en la riqueza de la tela y la elegancia de la hechura, pues mi abuela, guiada por su hermoso corazón, tenía para todo un tacto exquisito, y comprendió que Felicia sólo aceptaría un traje sencillo.

Ocupada en sus preparativos, olvidó á la Condesa por algunos instantes; pero en un momento que volvió la vista dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Magdalena había desaparecido de allí.

Corrió á su habitación, y la camarera, que estaba á la puerta, le dijo que la señora Condesa acababa de encerrarse en ella por dentro.

Mi aya volvió á mi lado.

La ceremonia debía tener lugar á las seis de la tarde

en el oratorio de mi abuela, y para despues estaba preparada la comida, á la que se hallaban invitadas numerosas personas amigas de los contrayentes.

Muchos años han pasado, y aún se me aparece la encantadora figura de Felicia, á la que una vida tranquila y apacible habia devuelto todo el esplendor de la más pura y admirable belleza.

Era una mujer flexible, delicada, poética; pero con la flexibilidad de un dulce carácter, con la delicadeza del corazon, con la poesía de un alma elevada y de una superior inteligencia: es decir, que no poseia la apariencia de estas cualidades, sino la amable realidad de su posesion.

Su traje de rica tela y larga cola era espléndido en su misma sencillez; sus cabellos castaños, de un color claro y armonioso, caian en gruesos y numerosos bucles sobre su frente y sienes, hasta tocar sus hombros: su talle ostentaba una gracia y elasticidad maravillosa; todo en ella era perfecto y seductor.

Cumpliendo los deseos manifestados por mi buena madre, no bien nos hallamos vestidas, salimos en el carruaje de mi padre para ir á casa de mi abuela.

Felicia encargó repetidas veces con todo encarecimiento, que si oian llamar ó quejarse á la Condesa fuesen al instante á avisarla.

A las tres llegamos á casa de mi abuela.

El patio se hallaba lleno de macetas y candelabros, y alfombrada la anchurosa escalera de piedra.

## XI.

## LA NOVIA.

Mi jóven abuela se hallaba dando la última mano al cuarto de su marido, pues el Coronel iba á vivir á su casa, y allí mismo mandó que nos introdujeran.

Mi abuela dejó una copa de porcelana de Sevres que tenía en la mano, y segun su costumbre me tomó en sus brazos y me llenó de caricias en tanto que yo miraba con curiosidad la habitacion preparada para el que era ya mi más mortal enemigo.

No le acuso, sin embargo; gracias á Dios, que colocó á mi lado á un ángel de virtud y de bondad, todos sus negros proyectos se estrellaron en la más perfecta imposibilidad de herirme.

— ¡Cáspita, señorita, exclamó mi abuela alegremente, y cómo va V. pesando ya! ¡ Dentro de poco me será imposible la felicidad de tomarla en mis brazos!

Luégo, poniéndome en el suelo, añadió con aquel entusiasmo que formaba la base de su carácter:

— ¡ Qué encantadora está mi Valeria! ¡ Qué hermosa! ¡ Ah, me parece ver á su madre cuando tenía su edad! ¡ Era tan hermosa mi Margarita!

La alegría de mi abuela terminó vertiendo lágrimas á la memoria de aquella hija, á quien tanto habia amado.

Pero por una consecuencia natural de la gran viveza

de su imaginación, se consoló en breve ú olvidó el motivo de su pena ante las impresiones del momento.

Volvió á levantarse y se puso á arreglar algunas plantas acuáticas en magníficas macetas de porcelana del Japon.

—Vea V., querida Felicia, dijo á mi aya: vea usted estas deliciosas plantas que dedico á mi marido: no comprendo la vida sin tener á la vista la vegetación: y como por otra parte las flores no me parecen bien en las habitaciones de los hombres, las he sustituido con esto. ¿Aprueba V. mi pensamiento.

—¿No he de aprobarlo? Me parece excelente, señora.

—Hay, continuó Elena, un modo muy distinto de considerar la belleza entre uno y otro sexo, y creo yo que en eso consiste el maravilloso equilibrio que se admira en la naturaleza: no me gustan ni me son simpáticas las mujeres severas, sino las que aman á los niños y las flores, así como no puedo sufrir á los hombres afeeminados: el hombre debe ser hombre; la mujer, mujer, con su belleza, sus caprichos y sus debilidades: y á propósito, ¿es la Condesa, esposa hoy del padre de mi Valeria, lo que se dice?

—Ignoro lo que se dice, señora, respondió Felicia.

—Yo no la he tratado ni lo deseo, dijo Elena; basta y sobra con que haya ocupado el lugar de mi pobre y eternamente adorada Margarita para que la viese con dolor. ¡Pero cuentan de ella cosas tan extrañas!

—Señora, repuso Felicia respetuosamente: puedo asegurar á V. que la señora Condesa es una de las damas más buenas y más hermosas que conozco y he conocido.

—Pero yo he oído decir que es intolerante, severa, santurróna.

—Ninguno de esos defectos le he notado: sólo la veo triste, efecto de algunas penas que ha sufrido.

—Yo creo, dijo mi abuela, que su mérito no debe ser muy grande, por cuanto el Conde, que fué el mejor y más entusiasta de los esposos para mi hija, se distrae ahora, según dicen, y hace casi la vida de un calavera.

—La vida privada del señor Conde me es absolutamente desconocida, respondió mi aya, pensando con tristeza en lo fácil que le hubiera sido vindicar á la Condesa de los absurdos cargos que le infería la sociedad, con sólo decir á la desposada que lo que había muerto el corazón de la esposa de mi padre era la cobarde ingratitud del hombre que iba á ser su esposo, y que lo que lanzaba á mi padre en la vida de los desórdenes era el desamor de su mujer, cuando él la amaba ciegamente.

Empero estas duras, aunque santas verdades, quedaron sepultadas en el corazón de aquella noble mujer, que, colocada como estaba en tan difícil posición, jamás perdió el tacto exquisito que la guió en ella, por medio de mil dificultades y peligros.

Mi abuela concluyó la dulce y para ella grata tarea de dar la última mano á aquella habitación, cuyo decorado había sido dirigido por ella con exquisito tacto y buen gusto.

Tapices de seda carmesí cubrían las paredes: los muebles, de cedro tallado y casi todos de hechura antigua, eran de extraordinario valor: una mesa escritorio, obra maestra de paciencia y trabajo artístico, ocupaba uno

de los ángulos, y el otro ostentaba un buró de no menos mérito y riqueza.

Hermosos cuadros representando cacerías y batallas, y una colección de armas, adornaban las paredes.

Por todas partes bronce magníficos, esculturas, objetos de arte; por todas partes detalles llenos de delicadeza y gracia; un mueble para fumar se hallaba colocado á la puerta de la alcoba, y aquel mueble representaba una crecida suma, pues habia costado muy caro.

Mi abuela pasó á su tocador y llamó á sus doncellas, que empezaron á vestirla el más admirable traje que una novia pudiera soñar, que una hada pudiera tejer entre sus vaporosos dedos.

Era de encaje blanco, de una finura maravillosa, y todas las flores eran de perlas, bordadas sobre el dibujo del mismo encaje.

Este magnífico traje, de gran cola, estaba completado por un soberbio aderezo de brillantes.

En vez de la corona de azahar que habia llevado el día de su primer matrimonio, ostentaba Elena el día de su segundo una corona de brillantes, que era el complemento de su aderezo de novia.

No me es posible dar una idea, siquiera sea muy leve, de la belleza de mi abuela en aquel día; baste decir que á mí misma me asombró, á pesar de lo muy acostumbrada que me hallaba á verla.

Despedían sus ojos la dulce luz de la dicha y de la alegría; habia en su tez un brillo y una frescura parecidos á los que ostenta una rosa blanca; en una palabra, aparentaba su hermosura, en aquel día, algo tan juve-

nil y tan lozano, que se la hubiera tomado por la alegría de la juventud y de la felicidad.

No tardó mucho en llegar Sandoval: al ver á mi abuela tan bella y tan ricamente prendida, no le fué posible reprimir un ademán de sorpresa y de alegría.

Me tomó en sus brazos, me sentó sobre sus rodillas y empezó á acariciarme, hallándome yo por cierto muy violenta, pues por ese instinto que rara vez se engaña en los niños, comprendia que aquel hombre, lejos de amarme, me detestaba.

Habia en sus caricias algo de meloso, como en las del gato.

Una vez ví que miró á mi aya de un modo sostenido y profundo. Felicia separó sus ojos, y se puso encarnada, no sé si de rubor, de indignación, ó de ambas cosas á la vez.

Aquella misma mirada se clavó en ella, con más insistencia todavía, en una ocasión en que tuvo que salir mi abuela de la habitación.

Llegó la hora de la ceremonia; el oratorio se llenó de los convidados invitados para asistir al casamiento.

Yo me arrodillé con Felicia á los pies de la capilla, y me puse á mirar con infantil curiosidad aquella ceremonia que me conquistaba un enemigo, y que los lazos del parentesco acercaban á mí para que me hiriese con mayor seguridad.

De repente pasó rozando con nosotros una figura negra.

Su traje, de luto, era rico: se componía de un vestido de seda de gran precio, y de una mantilla de terciopelo

y blondas con un velo tupido que le caía delante de la cara; sin embargo, yo reconocí su elegante estatura, su aire noble y triste á la vez; me acerqué á mi aya, y le dije quedito al oído:

— Esa es Magdalena.

Felicia me miró con terror: luégo miró á la enlutada, y el terror escrito en sus ojos se hizo mucho mayor.

Ya se hallaban los contrayentes arrodillados en almohadones de raso blanco, bordados de oro, delante del altar.

La Condesa se abrió camino entre la concurrencia, que creyéndola una de las amigas de la novia que se había retardado, la dejó pasar sin dificultad alguna.

Arrodillóse detras de los contrayentes, y esperó.

Alguna palabra, algun suspiro debió, sin embargo, dejar escapar, porque el novio volvió la cabeza, ella fijó en él sus negros ojos, y yo le vi estremecerse.

— Aya mia, dije yo á Felicia, ¿qué tendrá papá Enrique? así me habian ordenado que llamase á Sandoval.

— ¡Cómo qué tendrá, hija mia! ¿Por qué dice usted eso?

— ¡Parece que tiembla!

— Aprension de V. sin duda, yo le veo atento á la ceremonia.

— ¡No, no, se ha vuelto á mirar á Magdalena y luégo ha temblado.

— Esa señora no es la señora Condesa, querida mia.

— ¿Qué no?

— Seguramente.

— ¡Si le he visto yo la cara!

— Se habrá V. equivocado.

— ¿Y quién puede ser?

— Alguna amiga de la casa parecida á la señora Condesa.

— ¿Amiga de mi mamá? Ninguna tiene así.

Felicia no contestó: miraba con secreta angustia la actitud amenazadora de Magdalena, y su espantosa inmovilidad.

Acabada la ceremonia, mi abuela se levantó; dejó caer su velo blanco sobre el rostro, por un instinto de pudor muy natural, y se apoyó en el brazo que le presentaba su marido, dirigiéndose los dos á la puerta de la capilla y siguiéndoles los convidados.

Todos nos habiamos puesto en pié para abrir calle á los esposos y seguirlos despues: lo mismo habia hecho Magdalena, que inmóvil esperó á que pasase por su lado Sandoval, que era el que iba más cerca de ella.

Al verle, descubrió ella su rostro y le miró con amargura y rencor.

Él sostuvo la mirada, y léjos de turbarse como en la capilla, contempló impávido á la Condesa y siguió su camino.

Mi abuela no se habia apercibido de nada de esto.

La comida fué espléndida, y despues tuvo lugar un pequeño baile, que estuvo lleno de animacion.

Durante la noche, yo, que ocupaba en el salon con mi aya uno de los sitios más retirados, vi fijarse sobre ella en más de una ocasion la terrible mirada de Sandoval, que cada vez iba adquiriendo una expresion más significativa y más extraña.

—¡Aya mia, cómo te mira papá Enrique! le dije una vez.

—Mi aya no contestó.

A las once, mi abuela, que no bailaba, pero que veía bailar á los jóvenes con esa bondad placentera que le era propia, se acercó á mi aya y le dijo á media voz:

—Querida Felicia, Valeria tiene sueño y puede V. retirarse si quiere y llevársela; mañana, añadió, escribiré al Conde rogándole de nuevo que me deje á mi niña, y entónces ni ella ni V. se separarán ya nunca de mi compañía; esto es lo único que le falta á mi dicha.

—Mi aya meció tristemente su bella cabeza rubia.

—¡Y qué! ¿Piensa V. que se negará? Preguntó mi abuela.

—Pienso que sí, señora.

—¿Y por qué?

—Sólo por contrariar á V., y tal vez tambien porque, como padre, desee la compañía de su hija.

—Luego recordando sin duda las terribles miradas del Coronel, añadió:

—Por otra parte, señora, V. se tenía que tomar por la educacion de la señorita Valeria cuidados muy graves, y cuya responsabilidad sólo puede aceptar su padre.

—No comprendo á V., querida Felicia.

—Quiero decir, señora, que siendo la señorita Valeria tan rica, será forzoso mucho tino para elegir un esposo entre el gran número de pretendientes que han de rodearla, y que el señor Conde será muy escrupuloso en esta parte.

—No será más que yo, seguramente, respondió Ele-

na; pero en fin, Dios hará lo que sea de su agrado; yo pediré la tutela de mi niña; si me la dan, tanto mejor; si no, me conformaré con que no es esa la voluntad del cielo.

Este hecho da idea, mejor que nada, del carácter apacible de mi abuela y de su mansedumbre verdaderamente angelical.

Era su índole blanda como la cera, y su alma aromada, fresca y hermosa como un ramo de primorosas flores en las que el áspid de los vicios jamás había depositado su veneno; dulce, amorosa, benéfica, caritativa, hacía el bien, y complacia á todos casi sin saber que lo hacía y por natural inclinacion.

Al llegar á casa mi aya corrió al cuarto de la Condesa.

Estaba aún con su traje de luto; aún cubria la mantilla su cabeza; se hallaba reclinada en un sillón, con los brazos caidos, los ojos cerrados y las manos frias.

—Mi aya desprendió su velo y le aflojó el traje, aplicando despues á su fina nariz un frasquito de éter, para disipar aquel espasmo nervioso.

Entónces abrió los ojos exclamando:

—¡Todo acabó para mí..... todo, todo, todo!

—¡Señora Condesa, yo quisiera ver á V. llorar! Exclamó angustiada Felicia; aunque lo que pierde no merece sus lágrimas, derrámelas, porque el llanto es uno de los muchos beneficios que debemos á Dios.

—¡No puedo! exclamó Magdalena: siento que mi corazón se anega en un mar de hiel..... y ni una sola lágrima acude á mis ojos..... ¡Me ahogo! ¡Me muero!



Felicia le hizo beber una taza de agua de azahar, y por fin, á fuerza de cuidados y de ternura, las lágrimas acudieron á los ojos secos de la Condesa, que se sintió más aliviada con su influjo bienhechor.

---

---

## LIBRO SEGUNDO.

---

### I.

#### UN HÉROE.

Desde aquel día viví sometida á dos influencias muy diversas.

Viví entre mi madrastra, que todo lo veía por el lado negro, y mi abuela, que todo lo miraba por el lado de color de rosa.

Entre un corazón envejecido y un corazón perfumado, hasta una edad avanzada, con las flores de esa eterna juventud que se llama dicha.

Entre un alma herida de una manera incurable, y un alma infantil llena de ilusiones y de amor.

Porque el esposo de mi abuela, á pesar de su cinismo y de sus vicios secretos, tan secretos que todos los ignoraban, supo hacerla la más feliz de las mujeres.

Las atenciones más tiernas rodeaban á la señora de Sandoval; vivía en una atmósfera de lujo embriagador, y de los labios de su marido sólo escuchaba el lenguaje más apasionado.

La opinión de Elena era acatada siempre; Sandoval